

mundo á su marido, cosa que le parecía imposible, pues el golpe de la muerte debía herirlos á los dos de una vez; aunque tras sus funerales le quedase una semana de viudez, y esta semana la consumiera en agonías predecesoras del viaje último, en que debía seguirlo, si no pudiese acompañarlo, estaba resuelta de antiguo á ser la sacerdotisa del templo consagrado por la gratitud romana en devoción suya y á vivir en las aras aquellas, vestal única de su culto, atizando el fuego sacro encendido ante sus maravillosos altares. Y en esta operación litúrgica, ¡cuáles memorias irían á sus mentes! ¡Cómo el recuerdo le dibujaría las inquietudes y las angustias pasadas por su amor! ¡Cuán de bulto y de relieve pondría su felicidad cuando supo haber la elección de Claudio recaído en su persona, por la cual elección inmerecida se metamorfoseó en verdadera diosa como prometida para mujer y compañera de un dios. Y luego los abrazos, los besos, las caricias, los transportes de amor que la transferían del mundo este á otro en su lecho nupcial, semejante al divino lecho de Júpiter y Juno en las cumbres del Olimpo, devolveríanle todo el vigor de las pasiones juveniles y daríanle fuerzas para caer en sus brazos, como la noche de sus bodas, allá en otro mundo mejor. Y luego que había con estas eróticas imágenes despertado en el ánimo de Claudio deseos que sólo ella podía satisfacer, y en cuya satisfacción acaso encontraría medios de sujetarlo más y tenerlo cogido y dispuesto á la suprema inmolación que apercibía y aparejaba, volvíase desde las sensualidades del amor á las cumbres de una grande y alta política para serenar su ánimo, prestándole seguridad y confianza, en las cuales birlar aquella diadema del mundo á los hijos de Mesalina, y ceñírsela ella, poniéndola, sólo nominal y aparentemente, sobre la cabeza de Nerón. Así le alabó á Claudio las virtudes múltiples de su familia. Hizo de Octavia el más cumplido elogio. Y se desbordó su elocuencia encontrándose frente á frente de Británico en aquella enumeración de los príncipes cesáreos. Cuantos dones pueden las musas prestar, habíanselos prestado al joven príncipe, según Agripina. Una le había dado la memoria, otra la poesía, esta la inclinación á convertir sus ojos hacia el cielo, aquella el don de la palabra, otra la iluminación del pensamiento, y todas alguna gracia por cuya virtud hubiera naturalmente reinado aunque no fuese hijo de césares coronados y he-

redero en línea directa del divino Augusto. Pero como quiera que la carga de reinar demasiado pesada resulte para las espaldas de un joven solo, ella, madre por el amor de Británico, cual madre por la naturaleza de Nerón, habíalos asociado uno á otro, como César se asoció con Antonio, como Augusto con Livia, para que impusiesen los dos príncipes una monarquía semejante á la monarquía de Lacedemonia, donde había dos reyes. Entre las personas de distinto sexo el matrimonio es de las almas y de los cuerpos; mas entre las personas del mismo sexo hay matrimonios de las almas, tan estrechos de suyo, que se completan aquéllas y forman como un solo y mismo espíritu. Con todas sus ventajas, Británico es más romano que Nerón y Nerón más heleno que Británico. Y por más heleno, éste reúne á las facultades casi divinas de un artista excelso el heroísmo nativo de los griegos, y al heroísmo nativo de los griegos una consumada ciencia política, parte proveniente de sus personalísimas facultades y parte proveniente de sus profundos estudios y de su consumada experiencia. Por manera que se proponía ella industrial á los dos en el gobierno y sus misterios, para que, reinando juntos, como los reyes de la vieja Esparta, fuese Británico el Camilo y el Paulo Emilio de la Roma histórica en el trono, al par que Nerón fuese por su parte allí también, junto á su hermano, Alcibíades y Pericles en una sola pieza, instituyendo la religión de Claudio, que hiciera un verdadero dios de éste y transmitiese la liturgia de su rito y el culto de su nombre á cien generaciones.

Llegados á Roma y á su palacio, en cuanto Agripina conoció que había conseguido con todos cuantos recursos le sugiriera su fértil imaginación calmar el ánimo de Claudio y obtener en esta calma el necesario respiro á la ejecución de sus proyectos, citó para su cuarto á Vitelio y á Nerón bajo el pensamiento concretísimo y la intención resuelta de comunicarles cuanto proyectaba y tenerlos unidos de tal manera por completo á la causa y á la suerte suyas. Eran las altas horas de la noche cuando Agripina, muy segura de que dormía profundamente su esposo, abandonaba la cámara nupcial é iba en busca de su propia cámara, donde debía tener la entrevista indispensable con sus sendos cómplices. Vitelio y Nerón la esperaban á una con paciencia, muy acostumbrados á estas largas y esperas connaturales en las relaciones dia-

rias con la mujer que personificaba el Imperio y lo mantenía como una canéfora sobre su frente. Hablaron mucho el senador y el príncipe sobre tema tan socorrido como el dique allá en las aguas del Fucino; pero no decidieron en el fondo cosa ninguna, ni á partido alguno se inclinaron, connaturalizados con que hablase Agripina, quien realmente, de antiguo, ejercía sobre las inteligencias de uno y otro el ministerio de oráculo y sobre sus voluntades el oficio de motor. En efecto, así que Agripina se presentó, la interrogaron curiosísimos con la vista y abrieron los oídos para no perder ni uno de sus gestos ni una de sus palabras. Agripina, libre ya del fingimiento á que la sujetara su conversación forzosa con Claudio, entró en la cámara, donde recobraba su libertad, ligera como una tigre y rugiente como una leona, relampagueando iras en que tronaban todos los odios juntos y despidiendo resuellos en que parecían mezclarse maullidos con sollozos. Así, después de haber dado por la estancia dos ó tres vueltas, meneando la cabeza y abriendo las narices, como una hiena caída en hoyo profundo que husmeara y buscara la necesaria fuga, derribóse de un golpe sobre amplios y altos cojines, cubriéndose de nuevo la faz con sus manos para no ver el abismo adonde la empujaban su ambición y su codicia. No hay para qué decir cómo ninguno de aquellos dos personajes que la esperaban se atrevió á decirle una palabra, en la seguridad que tenían de ser cada cual un poco de viento en aquellos huracanes de tantas pasiones y un poco de difuso éter en aquel cruentísimo cometa. Por fin, Agripina rompió el silencio y dijo con amargura:

—¿Lo hubierais creído?

—¿Qué?—preguntaron uno y otro.

—¿Hubierais creído la infamia de Claudio?

—No—dijo de prisa Nerón.

—¡Cálmate, cálmate!—añadió Vitelio, más acostumbrado que Nerón al ejercicio peligroso de dirigir observaciones y dar consejos á la omnipotente Agripina.

—¿Todavía te parezco poco serena? En verdad, Vitelio, debo decirte que si llego á oír la sugestión de mi naturaleza íntima y á dejarme llevar del ímpetu de mi voluntad ciega, despedazo al emperador, al siervo, al príncipe, á todo el mundo, con la en-

cendida furia de una Medea pisada y herida en sus más caras pasiones.

—Yo te digo también lo que Vitelio—se atrevió á decir Nerón,—yo te ruego la debida calma.

—Al aconsejármela uno y otro me demuestra que no echasteis de ver bien todo cuanto allí pasaba y que no supisteis haceros cargo de la terrible afrenta infligida en raptó de cólera terrible por el deslenguado liberto á su sacratísima persona.

—Ya nos hicimos cargo—dijo Vitelio.

—¡Y tanto!—añadió Nerón.

—No, no, porque de haberos hecho cargo, de haber medido la enormidad del desacato, de haber estado en mí, como debierais, ¡oh!, cegarais cual cegué yo de cólera y rabia.

—Considera bien, Agripina, considera bien como debiste dominarte, y que al estar dominada por ti misma, cumpliste con el más rudimentario de tus deberes y realizaste una obra de verdadera prudencia.

—Me reprimí en aquel momento para dejar más tarde todo su vuelo á mi temeridad.

—Sea en buenhora—dijo Vitelio.—Así ahora le abrirás las alas; en el roto lago las replegaste con suma voluntad.

—En buenhora—repitió Nerón, como si fuera eco amortiguadísimo de Vitelio.

—¿Y qué has pensado?—preguntó á la emperatriz Vitelio.

—Una cosa muy grave—respondió ésta.

—Dila—exclamó Nerón.

—Dejadme recapacitar un poco.

—Recapacita cuanto te plazca.

—No cuanto me plazca, un poco, un poco; pues quien da primero da dos veces, y no consentiré de ninguna manera que nadie se nos adelante ahora y nos aventaje nadie.

—Di, pues—murmuró Nerón.

—Digo que Narciso no se insolentara como se insolentó, no procediera como procedió, no dijera lo que dijo, si, confidente y ministro y privado de Claudio, no hubiera descubierto en éste la resolución firme de perdernos. Repítese la historia de Mesalina. El redomado siervo se ofrece con peligro de su vida y de su honor al

triste papel de libertar al marido de la carga de su esposa. Y antes de que la tempestad se acerque á mi horizonte y el rayo amenace mi cabeza, relampagueó iras en aquellas palabras audaces que cayeron sobre mi corazón. Vitelio, estás condenado á muerte; Nerón, estás condenado á muerte; como yo, Agripina, también estoy á muerte condenada. En consecuencia, no hay más remedio que matar á quien ha resuelto matarnos, y matar pronto, y matar con certero golpe, y matar sin detenerse ante ningún obstáculo, sin experimentar ningún remordimiento, con la frialdad glacial del destino, con la fuerza mecánica del fenómeno natural, sin estremecernos, sin avergonzarnos, sin decirnos á nosotros mismos una palabra de reconvencción, cortando el hilo de las vidas que nos molestan, cual pudiese cortarlo cualquiera Parca en su oficio con sus afiladas tijeras, movidas en los abismos cubiertos por un silencio eterno.

— Pero — dijo Vitelio, mirando á un lado y otro, temerosísimo de que pudieran atisbar y sorprender el pensamiento de Agripina, que, madurado y no cumplido, podía conducir á la muerte, mientras cumplido con felicidad conducía de seguro al Imperio, — pero dime si has tomado todas las necesarias precauciones para evitar el ser descubierta y has reunido todos los instrumentos necesarios á la consumación del hecho apercibido, pues un marro pudiera perderte y contigo perdernos á todos.

— No me falta ningún requisito de los indispensables á la consecución de fines como el que nos proponemos y buscamos. He tendido en torno de Claudio una tela de araña, que no podrá romper aunque quiera. Yo sé dónde se hallan todos los medios de combate y exterminio en la Ciudad Eterna. Yo he bajado desde sus cumbres á sus cloacas. Yo he recorrido desde las salas de las sesiones de su Senado hasta las mancebías de sus innumerables prostituciones, si no en persona, en la persona de mis gentes y de mis esbirros.

— Cierto — murmuró Nerón, asombrado de la grande diligencia con que su madre mandaba en Roma y del don aquel de ubicuidad que le permitía estar á un mismo tiempo en todas partes.

— No hay para qué maravillarse de cuanto Agripina dice, pues nada le está en Roma cerrado á quien ejerce un cargo como el cargo de emperador, y aquí Claudio no fué nunca más que un dueño

nominal de la ciudad; el dueño efectivo fué siempre tu madre, ¡oh Nerón!

— Te diré, Vitelio; de no serlo yo, fuéranlo en verdad los libertos — dijo Agripina. — En el espacio que medió entre la viudez de Claudio y su casamiento conmigo, Roma estuvo á merced y arbitrio de los siervos. El emperador, dado únicamente al ejercicio de retórico y al ejercicio de abogado, gustando tanto de administrar justicia, que á veces imbécilmente se hacía juez y parte y defensor en una misma causa, dejaba el gobierno á su familia de siervos, y en la ergástula eran generados y nacidos los señores del mundo, amos y dueños del señor absoluto de la tierra. Cuando salí de mi boda emperatriz, encontréme con todos los poderes públicos y todos los cargos antiguos en tales manos, y tuve que arrogármelos, y me los arrogué, no para distribuirlos entre mis gentes, para ejercerlos yo sola, enteramente sola. Bien lo sabe Vitelio.

— Y entre los cargos que te arrogaste, ninguno tan importante como el cargo de censor, por el cual estás á un mismo tiempo en todas partes y conoces la Ciudad Eterna en sus más profundos repliegues.

— Comparábanse — dijo Agripina — á los generales en el campo los censores en la ciudad. Aquéllos mantenían la disciplina en los ejércitos, y mantenían éstos la disciplina en los hábitos y en las costumbres. El grandioso edificio de la gloria romana, que frisa con el cielo, puede venirse á tierra no descansando en las amplias bases de una rigurosa moralidad pública y privada. Pues el ministerio de ocurrir y proveer á ella corresponde por antiguo derecho al censor. El hogar con el Estado se confundían entre nosotros siempre, y por ende, la moral con el derecho. Si hay un pródigo derrochador de su fortuna, un celibatario que habiendo recibido vida de otros la guarda sin transmitirla á nadie, un mal casado, un pependenciero, un conspirador contra las honras ajenas, un patricio demasiado ligero, un borracho, un epicúreo entre tantas gentes, el censor le castiga con severidad, tomando el vicio naturaleza y categoría de verdadero crimen. El censor Postumio constriñó á dos celibatarios célebres para que llevasen al tesoro público los ahorros allegados por su particular egoísmo. El censor Valerio Máximo borró á un patricio de las listas senatoriales por

haber repudiado á su esposa, y Catón á otro patricio por haber señalado la ejecución de un reo á la hora designada por su querida. La censura castigó á Rufino por su lujo asiático, á Durario por su irreverente lenguaje, á varios caballeros por su pereza en un sitio, á Metelo por no haber cumplido juramentos prestados, á muchos otros por actos más bien contrarios á las leyes morales que á las leyes positivas.

— Y aunque tú ejerzas ese cargo por delegación y tras el nombre de tu marido — dijo Vitelio, — él emperador y tú emperatriz, en la República sucedió lo mismo; en la República fué censor Sernonio, el padre de los Gracos, pero se ejerció aquel alto cargo por su mujer Cornelia, quien llegó á ser así real gobernadora de los romanos y á convertirse por tanto en alma del partido plebeyo, como te has convertido tú, Agripina, en alma del Imperio cesáreo.

— Y que lo sea por toda una eternidad — añadió Nerón, bajando con reverencia la cabeza ante su madre, como pudiera bajarla un sacerdote ante la presencia y la vista de todo un Dios.

— Pues bien — continuó diciendo Agripina: — cuando me arrogué la censura, conocí cosas preciosísimas.

— ¡Ya lo creo! — dijo Vitelio.

— Entre varias cosas, alcancé á entender que se contaba como medio de gobierno el veneno y como ministros de la justicia imperial ¡ah! los envenenadores.

— Aprende, Nerón, aprende á reinar — dijo el senador volviéndose al príncipe. — No pierdas estas lecciones, pues que habrán de aprovecharte mucho en lo porvenir. Por esta idea de que precisa tener como medio de gobierno el veneno y por los muchos envenenadores entre nosotros existentes, explícanse las muchas muertes misteriosas y súbitas con que tropezáis á cada paso en los anales de Roma, y la desaparición de tantas gentes que parecen idas de nosotros en alas de alguna nube y tragadas por algún bostezo de la tierra.

— Aprendo — dijo Nerón, — aprendo en esa tristísima experiencia.

— Lo más extraordinario del caso es que no hay en Roma envenenadores únicamente; hay envenenadoras también, sobre todo una que todavía existe, poderosa entre nosotros, aunque oculta.

— Cuéntame todo eso, que me interesará mucho — dijo Nerón á su madre.

— ¡Vaya si puede interesarte! — añadió Vitelio.

— Hubo un día en que quiso Claudio limpiar á Roma de magos y hechiceros y brujos — dijo Agripina.

— Cosa tan difícil — añadió Vitelio — como limpiar el campo de insectos.

— Decretó, pues, que salieran — dijo Agripina.

— Y con efecto, salieron — dijo Vitelio. — Yo me acuerdo de cuantos vinieron á echarse bajo mi litera, cuando yo paseaba por la vía Apia varias tardes, pidiéndome que intercediera con Claudio y con sus favoritos para que se quedasen.

— Y no se quedaron — dijo Agripina.

— Ya eso es harina de otro costal — dijo Vitelio.

— ¿Cómo? — preguntó Agripina.

— Se fueron los titulados nigrománticos; pero se quedaron los reales y verdaderos, es decir, los que usaban de la quiromancia y astrología en el palacio de los césares.

— ¡Ya lo creo! — dijo Nerón.

— Como que para echarlos á todos sin excepción, fuera preciso echar al emperador, astrólogo por excelencia, del Imperio.

— Es tan exacto lo dicho por ti, Vitelio, que ahora mismo las insanias y manías de Claudio contra nosotros provienen de augurios y presagios múltiples.

— Mucho me han hablado, muchísimo de tales presagios — observó Nerón.

— Como que no se murmura de otra cosa entre los romanos — añadió Vitelio, corroborando la observación del príncipe.

— Dicen para creerse amenazados hijo y padre por mí, Británico y Claudio, dicen á una los dos que ha caído un rayo en el panteón de nuestros mayores, el cual ha desjuntado varias piedras; que se ha cubierto de abejas rabiosas con sus aguijones aguzados el Capitolio; que ha nacido extraña trucha con garras de buitre; que se han vuelto de espaldas á los sacerdotes las efigies de los dioses; que se han oído misteriosos rumores en la caverna de Cumas; que han venido al mundo varios niños con tres cabezas; que las águilas de oro se han desprendido del pabellón de las legiones y rodado por tierra.

— ¿Tales cosas dicen? — preguntó Vitelio.

— Tales cosas.

— ¡Vamos, precisa reirse á carcajadas!

— No tanto, Vitelio, no tanto.

— ¡Cómo! ¿Crees tú, Agripina, en esas cosas?

— Te diré.

— Pues de mí sé decirte que pertenezco al sentir de Marco Tulio, quien ¡oh! no acertaba cómo, al verse los augures romanos tras los auspicios y los arúspices, no se reían unos de otros en sus respectivas barbas mutuamente.

— Pues mira, no debes decirle á Nerón tales cosas — dijo Agripina, reconviendo al escéptico senador dulcemente.

— ¿Crees que sirve de algo dar asenso á la mentira?

— Pues ¿no he de creerlo, Vitelio?

— ¡Vaya, vaya! Eso está bien para decirlo entre las gentes, y aquí estamos solos. Detesto la superstición.

— Entonces no eres romano.

— Tiene razón mi madre — añadió Nerón: — en supersticiones y sólo en supersticiones hoy se funda la Ciudad Eterna. Si las arrancas, teme haber desarraigado con ellas las raíces mismas del romano Imperio.

— Parece que hiperbolizáis un poco — dijo Vitelio.

— Yo tengo que decirte una cosa — observó Agripina. — No hay en el mundo quien haya dado una prueba tan patente como yo de menospreciar los augurios.

— ¡Ya lo creo! — dijo Vitelio.

— Tú no sabes lo que un agorero me anunció á mí.

— Ya lo sé — dijo Vitelio.

— Voy á decírtelo, Nerón.

— ¿Vas á decírselo? — preguntó Vitelio.

— Pues un agorero me dijo que ganaría el Imperio para ti.

— Estás en vísperas de cumplir la profecía.

— Pero añadió el agorero que, en cuanto yo te diera el Imperio á ti, me darías tú á mí...

— La vida entera — exclamó el príncipe.

— No, la muerte — dijo con muy ronca voz Agripina.

— ¡Madre, madre mía, no creáis tal! Si hubiera yo tenido á mi

alcance tal astrólogo, hiciera lo que hizo nuestro ilustre tío Tiberio con otro que le comunicaba iguales majaderías: lo matara sin piedad. No está unido el fruto á la flor y la flor á la rama y la rama al tronco y el tronco á la raíz y la raíz á la tierra como yo estoy unido á una madre de quien jamás podría separarme, jamás, y menos por un acto de mi voluntad y por una obra de mis manos. Cuando me llevabas en tu seno, madre, de seguro no estaría tan identificado contigo mi ser como ahora lo está. Nutríasme de tu sangre propia entonces, ahora me alimentas de tus ideas; hacíasme un cuerpo entonces, y ahora me haces un alma; dábame la vida, me das ahora tú algo superior á la vida, me das una corona. El más humilde gusanillo no dista de Júpiter como yo disto de ti. La molécula que sacudes de tu manto no es menor ante ti que este hijo de tus entrañas. Dispón, pues, de mi vida; ordena mi desgracia y ruina; haz aquello que te parezca; pues creado este hijo tuyo por tu amor, puedes aniquilarlo, poseyendo, como has de poseer sobre él siempre, por haberle dado la vida, el derecho á darle también la muerte. Todos los hijos deben mucho á sus padres; mas no conozco quien les deba lo que yo te debo, no lo conozco. Así es que, si por acaso pudieras experimentar algún recelo, por arbitrario que fuera, y me creyeses capaz de darte la muerte, después de haberme dado tú á mí la vida, pronto puedes conjurar esas aprensiones, muy pronto; haz una señal y cogeré de mi cinto la espada, sí, aquí está y me la clavaré sin vacilación en las entrañas, completamente seguro de que será de gratitud á ti el postrer latido de este mi joven corazón, así como se fijarán en tus ojos mis ojos al despedir la mirada postrera en su anhelo de recoger tu imagen y pasar con ella, cual paso con mi amor, á la eternidad.

— ¡Te creo, hijo mío! — exclamó Agripina, levantando con sus propias manos al hijo, que se revolcaba en el suelo. — Te creo y no tienes para qué persuadirme á creerte con tus hiperbólicos encarecimientos. En esta hora suprema discurre y arbitro un crimen extraordinario, el cual ha de forjarte una corona eternal. Muchas veces he dado golpes análogos á este que doy ahora, sin decírtelo y noticiártelo. Imposible que ahora me callase. Voy á forzar el destino. Me adelanto al propósito y al pensamiento de los dioses que te quieren emperador, valiéndome de la muerte. Ya verás ese